

Gonzalo Drago

Cipriano



ADA vez que evoco a «La Rufina», arrullada por las lechosas aguas del Tinguiririca y la serena canción del Río Claro, mi memoria reconstruye fielmente, remontándose al pasado, rasgo por rasgo, el horrendo rostro del ciego Cipriano. Todavía me parece verlo, impasible, flaco, sucio, inmóvil, con algo de animal doméstico, sentado en la puerta del rancho que miraba hacia el camino, como si aguardara algo, escuchando el lejano balido de las cabras y el murmullo del viento que azota los espinos. Tendría treinta años, pero al verlo por primera vez daba la impresión de un ser de edad indefinible, en el que el tiempo hubiera ensayado una compleja mixtura de siglos y minutos.

Muchas veces, en la madrugada, llegué hasta el rancho de Cipriano para beber la leche de sus cabras. Más allá de los últimos picachos encanecidos por las nieves eternas, la hostia roja del sol se remontaba lentamente, iluminando a la montaña que despertaba al

conjuro de su tibia presencia. Malva y rosa era el cielo que cubría a la tierra como una inmensa y maravillosa tulipa de cristal. De oro era la lejanía y los álamos apacibles, orillando el Río Claro, murmuraban con sus infinitas lenguas de follaje la sencilla oración de la mañana. La tierra, como una hembra, se estremecía de gozo al contacto con el sol. Por la garganta de los pájaros corría un cristalino arroyo de salmos musicales. Las cabras, en la distancia, fragantes a boldos y retamas, balaban saludando al nuevo día. Lejos, muy lejos, allá donde el horizonte confundíase con las serranías de la costa, el cielo teñíase con la bruma de las tierras bajas.

La cordillera, en el alba, parecía un inmenso templo laico bajo el celeste ábside del cielo. Dios estaba allí, presente, invisible, presidiendo el silencioso nacer de un nuevo día, mientras el viento, como un gigantesco armonio vagabundo, ensayaba su música coral entre el duro cordaje de los árboles. Y el sentimiento pan-teísta del hombre, oculto entre la compleja maraña de su alma, ascendía desde las profundidades del ser hasta el brocal de la conciencia y se manifestaba puro, lavado, ajeno a la escoria que va recogiendo en su paso por la tierra.

A pesar de su ceguera, Cipriano era un experto ordeñador. Y nunca desbordaba los vasos, como si una voz interna le ordenara detenerse en el momento preciso en que parecía que la espuma, azulosa de alba, iba a derramarse sobre el estiércol del corral. Su pa-

dre, un viejo de mirar tranquilo, de alta frente y nariz aguileña—rostro de antiguo hidalgo español transportado a las altas montañas chilenas—vestido a la usanza campesina, era el encargado de coger las cabras y sostenerlas mientras Cipriano cumplía su misión de ordeñarlas. Sin que nadie lo sugiriera, el anciano, empujado por la necesidad de justificarse ante los ojos ajenos, creíase obligado a dar explicaciones. Aquella era, tal vez, su válvula de escape.

—A Cipriano le gusta ordeñar, señor. Se distrae con eso. Y hay que dejarlo no más, que haga lo que quiera. A un ciego no se le puede contradecir. Sería como escupir a un muerto.

Las palabras del viejo Cantalicio, roncadas, sencillas, tenían un dejo de infinita tristeza. Mientras hablaba, miraba a su hijo, arrodillado en la tierra, estrujando a las cabras que se dejaban ordeñar sumisamente. Nunca me atreví a preguntarle, en presencia del muchacho, la causa de su ceguera. Aquel rostro horriblemente mutilado, de labios leporinos, me causaba daño. No eran huellas de quemaduras. Ni de caídas. Eran pequeñas cicatrices esféricas, como los rostros tatuados por la viruela, pero más profundas, que le cubrían el rostro y parte de la garganta, dándole un extraño aspecto de crueldad.

El muchacho, silencioso, parecía absorto en el mundo de las sombras. Algunas veces alzaba el rostro hacia el sol, admirado, tal vez, de no sentir en sus pupilas ausentes el deslumbramiento de la luz. Era difícil

adivinar en qué pensaba en aquellos momentos. Su rostro no delataba ninguna emoción. Sus manos bastas, rudas, caían a sus costados, inmóviles, como manojos de raíces ávidas de hundirse en la húmeda y fragante costra de la tierra. Podía estar resignado a su ceguera u ocultar un profundo odio hacia algo o hacia alguien. Rara vez respondía a las preguntas. Permanecía lejano, ausente, doloroso. Y eso era para mí un signo inequívoco de su rencor sin palabras. ¿Hacia quién? La respuesta me la dió, algunos meses después, el viejo Cantalicio. Iba yo hacia la ermita, erguida al pie de los maitenes. Allí encontré al viejo, arrodillado, ajeno a todo, orando en actitud de humilde pecador. Sus labios se movían perceptiblemente, luchando con los baches de su memoria, hurgando en el oscuro desván de sus recuerdos, donde se almacenaban las lejanas oraciones de la niñez ausente.

A falta de iglesia, la ermita era visitada por los labriegos del lugar que deseaban algo de Dios. A un costado, de entre los espesos matorrales de boldos y huinganes, brotaba una fuente cristalina que entonaba sus infinitas letanías de agua. Sobre un rústico altar de piedra, en una pequeña hornacina cavada en la roca, se alzaba una imagen de bulto de la Virgen, desteñida por el tiempo, que parecía mirar mansamente a los hombres y mujeres que llegaban hasta el silencioso rincón de su morada. Manos humildes y devotas adornaban el rústico altar con flores silvestres y encendían

velas que formaban pequeñas montañas de estearina derretida.

Al verme, el anciano se irguió lentamente, sacudió el polvo de sus rodillas y espontáneamente, como quien desea aliviarse de una carga que lo tortura, me contó la historia de Cipriano:

—Lo que le voy a contar, señor, sucedió hace cinco años. Yo hacía tiempo que estaba notando que me robaban las cabras. Lo menos eran dos cabras al mes que desaparecían misteriosamente. Me las robaban del corral, señor, en la noche. Yo me hacía cruces. Los perros ni ladraban. Pasé noches enteras esperando al ladrón, pero parece que adivinaba mi presencia. No hacía más que descuidarme, cuando al día siguiente echaba de menos la cabra más bonita del rebaño. Parece que las escogían. Era para volverse loco, patrón. Algunas veces pensé que era el león que me estaba robando las cabras, pero no encontraba rastros de sangre ni de lucha. Y cuando los perros olfatean al león arman un alboroto de los mil demonios. Desesperado, me decidí a descubrir al ladrón y cargué mi escopeta con sal. Una semana enterita me acompañó Cipriano, de claro en claro, adentro del corral, botados en el suelo, encima de la boñiga, con la escopeta lista. Pero no hubo caso: el ladrón parece que era adivino.

Aburrido, me decidí a dar cuenta al retén de Carabineros de Puente Negro. Hicieron pesquisas, recorrieron los alrededores y tomaron preso a Lorenzo Peña-loza. Casi lo mataron a palos, señor, y le hicieron la

«palomita». Pero el hombre negó hasta el último. Después de muchas averiguaciones resultó que era inocente. Con los golpes Lorenzo quedó inválido de un brazo y ya no puede cortar leña. Y era leñador de oficio, patrón. Había que verlo rajando espinos desde el alba hasta la noche. Y los robos continuaron lo mismo que antes. Los ladrones se hacían humo. Una noche me robaron a «La paloma», mi cabra regalona, que tenía para cría. Entonces juré descubrir al ladrón. Todas las noches dejé un perro en mi pieza, amarrado a mi cama. A cada tirón que daba, despertaba y me ponía al acecho. Hasta que una noche sentí ruido en la pirca de piedra. Agarré la escopeta y salí despacito, sin hacer ruido. El perro, como si fuera cristiano, me seguía sin ladrar.

Hizo una pausa el viejo, y continuó su historia. Díjome que de repente vió a un hombre a horcajadas sobre la pirca de piedra del corral. Apuntó y disparó. El fogonazo iluminó las sombras como un relámpago siniestro y un grito horrible horadó el silencio de la noche serrana.

—¡Cipriano, Cipriano!—gritaba el padre—. ¡Tráeme la lámpara!

Pero el muchacho no respondía. Entonces, creyéndolo profundamente dormido, corrió hacia el rancho, cogió la lámpara de carburo y se encaminó al lugar donde se había derrumbado el ladrón. Allí estaba, inmóvil, sobre un charco de sangre. Cautelosamente, con instintivo gesto de precaución y guiado por la curiosi-

dad, acercó la luz al rostro del caído. Sólo pudo ver una mancha escarlata que brotaba por infinitos surtidores de la cara mutilada. En aquel momento, un odio profundo arrasó todos los sentimientos de piedad y, guiado por el feroz instinto de venganza que llevamos oculto en lo más profundo de nuestras venas, pateó al caído que intentaba incorporarse. El perro, cosa rara, lamía al hombre derrumbado. Una terrible sospecha atenazó al corazón del padre. Regresó corriendo al cuarto de los aperos, donde dormía Cipriano. El lecho estaba vacío, helado.

—¡Cipriano, Cipriano!—llamaba a grandes voces. Pero nadie le respondía. Sólo las cabras, alarmadas, balaban en el corral. Presuroso regresaba al sitio donde estaba el herido, cuando lo vió venir hacia él, tactando el aire con los brazos extendidos, horriblemente desfigurado el rostro por la carga de sal y municiones.

—¡Taita, taita! Soy yo, taita.

—¡Cipriano!

Aquella era la voz de su hijo, de Cipriano. Como herido por un rayo, tuvo confusa conciencia de lo ocurrido. Arrojó lejos el arma homicida, cogió a su hijo en brazos, como a un niño, y lo llevó hasta el rancho, mudo, espantado de lo que había hecho. El muchacho sanó, pero quedó ciego. Después lo confesó todo. Él era el ladrón. Vendía las cabras a un cómplice, que a su vez las negociaba en San Fernando. El padre, angustiado, roído por los remordimientos, quiso entregarse a la justicia. Había cometido un crimen. Pero hubo

voces razonables que lo hicieron desistir. Él era inocente. Todo no había sido más que una desgracia, una equivocación provocada por su propio hijo. ¿Qué hacerle, ahora? Nada. Resignarse. Implorar el perdón de Dios, que vela por todas las criaturas. Desde entonces, cada viernes encendía un paquete de velas a la virgen de la ermita. Ella, que había sido madre y vió morir a su hijo crucificado, era su intermediaria.

Al comienzo, el muchacho no podía resignarse a su ceguera. Aquel mundo de luto permanente era atroz. Conoció el infierno de las sombras, donde la noche se prolonga hasta el infinito. Y conoció la amarga realidad de no poder servirse a sí mismo. Era un hijo de la montaña, amamantado por las generosas ubres de la cordillera, libre como los cóndores que tenían su mansión en los más escarpados picos de la sierra. Ahora, mutilado, era sólo un aguilucho que intentaba volar con las alas destrozadas. Había sido cabrero desde los siete años. Y nunca tarea alguna lo distrajo de su misión. El rebaño de cabras era para él su mundo y la montaña su universo. Jamás lo tentaron los camiones que bajaban rugiendo desde las Vegas del Flaco, llevando su cargamento humano en dirección a la ciudad. Por eso, ahora, desde el horrendo pozo de su vida, no podía escuchar el balido de las cabras sin un estremecimiento de angustia y de impotencia. Al principio era tan poderosa la fuerza de la costumbre, que se sorprendía de pie en mitad del cuarto oscuro, antes de la salida del sol, olvidado de su ceguera, escuchando el

llamado de su sangre. Después, aturdido por la realidad, volvía a tientas a su lecho, consciente de su derrota, mordiendo su desesperación, sin poder escapar de su implacable cárcel de tinieblas.

Algunas veces, decidido y desesperado, intentó seguir a las cabras a las montañas, pero tropezaba torpemente en las piedras y embestía contra las ramas erizadas de los despiadados espinos que se alzaban a su paso desgarrando sus carnes y destrozando sus vestidos. Un ciego, en la ciudad, puede andar con la ayuda de un bastón o de un perro lazarillo. En la montaña, si no quiere destrozarse, caer a un barranco o crucificarse en el erizado madero de un cacto o de un espino, debe resignarse a la eterna inmovilidad, a la pereza obligatoria, renunciar a todo. Sin embargo, Cipriano encontró en la tarea cotidiana de ordeñar las cabras, un poderoso lenitivo a su dolor callado. Algunas veces, muy pocas, creyéndose solo, lloraba en silencio. Y era doloroso, entonces, ver al ciego verter sus lágrimas por las vacías cuencas de sus ojos, como una silenciosa lluvia de angustia y de impotencia.

Ahora ya no podía perseguir a las mozas y tenderlas en la tierra fragante a chilcas, a la sombra propicia y protectora de los boldos. Su ardor genésico, despiadado, lo acosaba como una jauría hambrienta, sin descanso, constante, barrenando su voluntad, conduciéndolo a los caminos de la desesperación. Una madrugada, enloquecido, buscó a tientas el corral, cogió una cabra y la poseyó ferozmente, trepado sobre su grupa como

un potente macho cabrío. Aquello sucedió sólo una vez. Fué un raptó de locura, una amarga y roja ola de lujuria que le quemaba las entrañas y lo condujo al abismo. Después, arrepentido, humillado, despreciándose a sí mismo, confesó el pecado a su padre y le rogó que lo condujera hasta la ermita para hacerse perdonar.

Desde aquella fecha, Cipriano pareció resignado a su suerte. Silencioso, taciturno, sólo se animaba cuando estaba entre el rebaño, respirando el acre olor que despedía el estiércol del corral. Entonces, sólo entonces, su rostro adquiría una extraña serenidad de santo laico y campesino, de rostro enmarcado en una negra y enmarañada barba de bravíos matorrales. Algunas veces, como distracción, complacía en designar los nombres de las cabras, distinguiéndolas por el tono del balido: La ceniza, la overa, la parda, la negra, la torcaza, la paloma, la zarca. Las conocía casi a todas y continuaba viéndolas en el negro tabernáculo de su memoria, con la nitidez que procura la ausencia definitiva de las cosas que amamos.

Cuando terminó de contarme la historia, el anciano tenía las pupilas húmedas. Pero no lloró. Era un viejo roble montañés, azotado por muchos inviernos y endurecido por la vida, que se abría avergonzado de llorar en público.

—La fatalidad, patrón—me dijo—es la causa de todo. Menos mal que la Maiga, la finada, que Dios tenga en su santa gloria, no alcanzó a ver su hijo ciego por las propias manos de su padre.

Aquellas fueron sus últimas palabras. El relato había terminado. En seguida, recogiendo su sombrero del suelo, donde lo había dejado para orar, se persignó con sus dedos toscos, ennoblecidos con su contacto con la tierra y se marchó lentamente, descendiendo la colina con el paso tardo de los que ya no piden ni esperan nada de la vida. Lo seguí con la vista, hasta que se perdió entre los boldos del sendero que conducía hacia su rancho oculto en la distancia.